20. Donde quiera que uno esté hay que trabajar...

César Augusto Tapias Hernández

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

TAPIAS HERNÁNDEZ, C.A. Donde quiera que uno esté hay que trabajar... In: *Historias de familia: Etnografía delirante sobre el amor, la violencia y las drogas* [online]. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2014, pp. 85-88. Textos de ciencias humanas collection. ISBN: 978-958-738-543-4.
<https://doi.org/10.7476/9789587385434.0021>.

All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](#).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](#).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](#).

20. Donde quiera que uno esté hay que trabajar...

La realidad y los enigmas de nuestro viaje no tardaron en sacarnos de aquel estado de sublime éxtasis. La primera pregunta, y la más importante: ¿por dónde hay que ir?

Ryszard Kapuscinski, *Ébano*

—¿Oíste, Iván, por qué fue que te viniste de Segovia?

—¿Que por qué?

—¡La guerrilla nos iba a matar!

Y Nora contrapone:

—Eso fue lo que dijeron las hermanas de éste...

Nora es una mujer de estatura baja, delgada muy delgada, muy flaca, siempre de cabello corto, más bien motilada como un chico. Es la esposa del tío Iván. Señalaba Nora a don Iván, uno de los mayores de la casa de mi mamá, que apenas me mira me guiña un ojo por encima de ella, como para que no le preste atención... Entonces yo me acerco y le pregunto por la verdadera razón de su aparente exilio de la montaña... y él no tiene problema en contar, así seco y concreto, tal y como es él:

—Qué me iba a quedar por allá, en el monte, con todos los muchachos ya grandes, organizados, viviendo por aquí en la ciudad... O en el pueblo.

Estamos en el negocio de mi tío Iván: un quiosco ubicado en una terminal de buses donde se lavan los buses y las busetas que bajan la gente del barrio al centro de la ciudad. En el quiosco se vende agua para tomar y para lavar los carros; gaseosas, fritos y mecato... Y la verdad tal vez resulte fácil una historia en medio de todo eso. Sobre todo en estos días en que el chuzo se compone de nuevo, luego de una racha mala. Las busetas apenas regresaron hace unos días, y de ellas depende el movimiento de este lugar.

Hace por lo menos unos dos o tres meses atrás las busetas tenían que subir pasajeros y estacionarse de una vez allá arriba en El Triunfo o Bosnia para los conocidos del ambiente bélico que se respira en esta zona periférica de Medellín... Y entre hijueputazos y madrazos de todos los colores y tamaños, “el viejo” —como le dicen todos aquí a don Iván— despacha un café, un refresco, una empanada, un cigarrillo y hasta le presta la candela a más de uno de esos que gustan de prenderse un mariguano en medio de la jornada laboral: sus clientes de planta, además de los choferes, son los alistadores de los buses: hombres jóvenes, descalzos, sin camisa (y, por ende) con las marcas del justiciero sol a sus espaldas... manos ennegrecidas por la grasa y el pantano de por debajo de las carrocerías y las llantas, hombres hechos jabón que bailan y cantan salsa unas veces, vallenatos otras... trabaos casi siempre... y danzando entre los carros ya listos y encendidos, probando motores, con los equipos de sonidos retumbando... chequeando baterías...

ran / ran / ran...

Y mi tío por encima del bullicio, gritando... una escena de puras atracciones:

—Esas putas mangueras están mal conectadas. Vea cómo botan el agua manada de malparidos. A ver... quién va a venir a arreglar esto, pues...

Y llega el cucho que hace chance y, como si nada, el tío se baja de la bulla, y no menos acosado le dice un número, aclarando que solo lo hace pa’ que el cucho ese no pierda la venida... Oigan a don Iván, pienso, no conozco a otro que le meta tanta plata a la suerte... Y que no se desmotive de ganar tan poco, o nada cada año.

—¿Cuánto jugas en loterías, tío?

—Ayer le metí 4000 hijueputas a eso, pero... ¡¿pa’ qué? Si es más lo que se pierde!

Un mansito de estos que lavan los carros entra al negocio y paga el agua: 500 pesos. El tío desde siempre ha cobrado a los alistadores de los carros por enchufarse a la canilla del negocio. Eso, a la final no se pudo seguir haciendo después de un tiempo, sobre todo cuando el barrio y el cuadradero de los autobuses y colectivos se pusieron más calientes de lo normal, más caliente de lo que siempre ha sido... Ahora, desde que de nuevo los colectivos estacionan aquí abajo, del otro lado de la línea de fuego, “Jersegovina”, las cosas cambian...

Como las busetas se quedan todo el día esperando el llamado para el viaje, son los choferes los que pagan el agua, de paso desayunan, almuerzan y mecatean... Entonces el tío improvisa un listado de las busetas, por sus números, sobre un cartón de cigarrillos donde chulea las que pagan, deja en blanco las que deben... la 306, 307, 316 y otra más. De a 500 pesos por lavada, y a 100 de cada cigarrillo, de lo que

valga la empanada o el desayuno... De eso y de todo lo que vende es que vive y pasea yendo a San Cristóbal donde Carmen, y de pronto hasta “cachonea” por ahí y, obvio, paga servicios y lleva comida la casa... Aunque reniegue parejo de esos hijos que poco le ayudan; pero por los que fue que finalmente se vino para la ciudad...

—Donde quiera que una esté hay que trabajar, mientras se pueda, hay que trabajar.

—Y aquí, ¿cómo te va?

—Bien. Ahora sí se puso bueno esto otra vez...

Y bajando la voz, me cuenta que unos fulanos no dejaron volver a subir los microbuses hasta “Bosnia”, que porque como ellos son los dueños de todos los buses que también suben hasta allá, las busetas eran las que bajaban llenas y los buses siempre vacíos....

—Pura envidia. Y las busetas desde aquí siguen yendo llenas pa'l centro, y solo los buses van hasta “arriba” y para ellos puede que mejore la cosa, y así los fulanos dueños del barrio lo obligan a uno a montar en lo que ellos quieran... Y bueno por eso me está yendo ahora como mejor.

Cortando la carne a las carreras para los almuerzos que también vende, ofuscado por el solo hecho de estar allí entre los fogones encendidos, abriendo el enfriador, soportando todo —incluso la grosería—, el tío se queja cuando se ensolva el quiosco de puro olor a bareta.

—Así trabajan esos malparidos. Trabados a toda hora...

—¿Cómo son ellos trabados?

—¿Cómo? ¡Todos locos!

Dice el tío un poco exaltado pero solo para imitarlos por los visajosos que se ponen, que quieren guardar las herramientas debajo del enfriador o entre las ollas, o arriba entre sus tarros... Y es que estos manes parecen en el cuartel, escondiendo el jabón y las estopas porque el que se duerma, perdió...

—¿Y vos no quedás trabado con ese humo todo el día? ¿No te da cómo curiosidad el aroma?

Y el tío apenas se sonríe. Yo solo atino a decirle que a lo mejor, cuando le obra el humo ese, ya empieza a tratarlos mejor, sin tanto insulto. Y aún más se sonríe don Iván, y me mira y yo no lo dejo de mirar...

—Oíste, tío, ¿y con la guerrilla cómo era la vuelta, se manejaban bien o no?

Y la respuesta la elaboran entre los dos, la Nora y el Iván. Cada uno da su versión. Una versión en la cabeza de cada colombiano desplazado por razones, además de las conocidas... de algún lugar. Cualquiera día uno se tiene que ir...

—Se les hacían sus mandados: unos mercados que pedían y sin problema.

—El Ejército sí se portaba mal, pues sabía que uno les ayudaba; pero era que nos tocaba... Eran otros tiempos.

—¿Y con los paracos?

—Humm, donde hubiera paracos por esos días nos hubieran matado... No ve cómo matan y matan gente que dizque por ser auxiliadores de la guerrilla. ¿Qué puede hacer uno con un fusil apuntándole en la sien...?

Un chofer se entra hasta el mostrador, abre el congelador y toma una gaseosa, mientras va pidiendo un chorizo para comer...

—¿Es que ves algún chorizo en la vitrina, gran güevón? —le dice el viejo. El chofer contesta:

—Pues me fritas uno, ¡ombe!

—¿!Y si lo vas a esperar!?

—¿Cuánto se demora?

Y el tío mira la hora: como que cae en cuenta del tiempo y su ineludible paso afincao hacía el fin, y le dice a Nora: “pilas con esas papas”. Ella lentamente se mueve hacia el fogón y yo decido mejor partir... La salida, un par de alistadores de carros piensan dónde esconder un pote grande de jabón, el jabón que casi todos usan. Me miran. Yo los miro, y me voy saltando los charcos de agua ya sucia por el tierrero de los autos... Alcanzo a oír a otro chofer que se queja de que no se puede mear en el baño por un chorro de agua que hay ahí. Mi tío vuelve con la cantaleta.

—Estos malparidos, ¿es que no van arreglar esa güevonada o qué?